
Editorial

La necesaria *mutabilidad* de la conciencia histórica sobre la Iglesia ha permitido labrar definiciones a veces antinómicas acerca de la misma Iglesia, como es fácil observar en las dos siguientes que, a modo de ejemplo, recordamos:

“La Iglesia es la comunidad de hombres reunida por la profesión de la verdadera fe, la comunión en los mismos sacramentos, y bajo el gobierno de los legítimos pastores y principalmente del único Vicario de Cristo en la tierra que es el Romano Pontífice” (S. Roberto Bellarmino, De Ecclesia Militante, Caput II, Ingolstadt 1601).

Esta fórmula bellarminiana que debe ser situada en el contexto de la polémica antiprotestante, tal vez por eso mismo resulta excesivamente reduccionista y decididamente clerical ya que los elementos que implica son 1) la “profesión de la verdadera fe” que ha de ser señalada por el magisterio de la Iglesia (*potestas docendi*), 2) la “comunión en los sacramentos” que han de ser administrados por los ministros de la Iglesia (*potestas sanctificandi, potestas ordinis*), 3) El “gobierno de los legítimos pastores” de la Iglesia (*potestas gubernandi, potestas iurisdictionis*). Es decir, que la naturaleza de la Iglesia y el capital asunto de ser, sentirse y realizarse como Iglesia se ve reducido a la afirmación de las tres clásicas “*potestades*” del clero, lo cual genera un notable reduccionismo, un inconveniente extrinsecismo y un omnímodo clericalismo.

Contrasta con el *extrinsecismo* anterior la definición de Iglesia de cuño ortodoxo oriental con atisbos de comprensión luterana:

"La Iglesia es un organismo vivo, el organismo de la verdad y del amor; o más exactamente, la verdad y el amor como organismo" (Khomiakov, A.S., Oeuvres Théologiques, Paris 1939, 58).

Aparentemente es cautivador el interiorismo de los elementos propuestos por la definición, pero son tan genéricos que ya no son específicos de la Iglesia de Cristo; porque, de qué "organismo" se trata?, qué "vida" lo anima?, de qué clase de "verdad" y de "amor" es organismo?

El *extrinsecismo* y juridicismo de muchas concepciones eclesiológicas contrasta con el interiorismo y carismatismo de otras muchas. En eclesiología el péndulo se mueve generalmente entre un encarnacionismo exagerado que arroja por resultado la concepción de la Iglesia como "sociedad perfecta" con gobierno temporal y servicio diplomático hasta un desencarnacionismo tal que llega a la concepción de una "Iglesia espiritual" sin rostro social.

* * * *

"La íntima naturaleza de la Iglesia se nos manifiesta bajo diversos símbolos" (Lumen Gentium, 6), pues no es posible encontrar una sola definición o una imagen única que cobije todos los complejos aspectos y elementos del misterio de la Iglesia.

Con base en las diversas figuras eclesiológicas y en la reflexión teológica de los cristianos de todos los tiempos, han sido varios los tipos o modelos de Iglesia resultantes. Esos tipos diversos constituyen las tipologías eclesiológicas que no son simples abstracciones o definiciones de Iglesia sino modos históricos concretos en los que ella se ha entendido y según los cuales ha actuado.

El análisis de las figuras, de los tipos, de los modelos, de las formas concretas de ser Iglesia es altamente benéfico y revelador para la misma Iglesia.

* * * *

El análisis pretende, en último término, mostrar por qué ciertos tipos de Iglesia no son ya funcionales para el quehacer de la misma Iglesia al menos en este continente; e indicar por qué en América Latina se debe privilegiar la figura, tipo y modelo de *Iglesia Comunión* como la más apta no sólo para complementar las anteriores que teológicamente siguen siendo válidas, sino como el modelo de Iglesia que responde a la problemática y situación real del continente latinoamericano profundamente marcado por toda brecha social, cultural y eclesial; evangelizado en base a una eclesiología extrinsecista, piramidal y clerical; sometido a todas las formas de marginalidad, de no participación, de no comunión.

La eclesiología de comunión es el parámetro que el mismo episcopado latinoamericano señala a quienes quieren ser y hacer Iglesia en este continente, de cara hacia una futura Iglesia de rostro renovado; realmente de base, participativa y fraterna; en igualdad fundamental y en diversidad funcional; en misión común, aunque en tareas diferenciadas; en simbólica autóctona, expresión y vínculo de nuestro propio ser latinoamericano a nivel de lenguaje, de arte, de religiosidad popular; en situación concreta; en correlación con la problemática propia del continente, con sus ansias de liberación, de transformación, de participación, de fraternidad, que son hoy el gran signo de los tiempos de América Latina.